

La hoguera de Juan



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

A Juan le encanta su nombre. Y no sólo porque es corto, fácil de escribir y de leer, sino porque el día de su santo, todo el mundo lo celebra con una gran fiesta. Es la noche de los petardos, la verbena y el fuego, y Juan se convierte en el auténtico protagonista de la noche. Siempre lo felicitan las vecinas, las tías, el señor de la tienda de relojes, y todo aquel que se lo encuentra por la calle. Pero a Juan, lo que de verdad le gusta de la verbena es el concurso de hogueras que cada año se celebra en su pueblo. Lástima que nunca lo haya podido ganar. Pero este año... este año seguro que sí.

- ¡Que cada uno busque tantos muebles viejos como pueda! - Gritó Joan dando el disparo de salida a sus amigos.

Aquello lo dijo a finales de marzo y el grupo se esforzó tanto, que a principios de junio ya tenían un montón de trastos para quemar, amontonados en el garaje del abuelo Sebastián que usaban de almacén.

-Ya veréis como esta vez haremos trizas a los de la calle de Abajo - dijo Miguel convencido de que con la cómoda que la abuela les había dado, por fin ganarían a la pandilla de Narciso. Pero los de la calle de Abajo hacía 6 años que ganaban el concurso, y nada hacía imaginar que este año no quisieran volver a casa con el trofeo. Así que cada tarde, Juan y sus amigos paseaban arriba y abajo por las calles del pueblo arrastrando un cajón roto, una mesa desmenuzada o un par de sillas que ya no había quien las usara.

-¡Chicos!... No os imagináis lo que he visto - dijo Laura resoplando mientras llegaba a la plaza donde siempre se encontraban. Laura había venido corriendo desde la calle de Abajo y no podía esperar a recuperar el aliento para comunicar a sus amigos lo que había descubierto.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Juan nervioso.

-He averiguado donde guardan las maderas los de la calle de Abajo y, tienen, tienen...

- ¿Qué, qué tienen? - insistían los del grupo que, por más que lo intentaban, no lograban encontrar nunca el escondite donde Narciso y sus amigos guardaban los muebles que iban recogiendo.

- Tienen una montaña enorme. Mucho más alta que la nuestra - Terminó por fin de contar Laura que, ahora sí, se dejó caer en el suelo para descansar.



Los rostros de Juan y sus amigos se estiraron como si la decepción los colgara de la barbilla. No podía ser que de nuevo los de la calle de Abajo volvieran a ganarles, y Juan no estaba dispuesto a aguantar durante todo el curso las bromitas de Narciso. Tenían que hacer algo. ¿Pero qué?

-¡Ya sé! - dijo Juan – doblaremos los turnos. Tan pronto salgamos de la escuela, ni meriendas ni extraescolares, tenemos que seguir paseando por las calles y pidiendo maderas. Y si es necesario, iremos al pueblo de al lado.

- Pero yo hoy no puedo venir. Mañana tenemos un examen y tengo que estudiar. - dijo Miguel.

- Yo también tengo que terminar un trabajo - dijo Laura.

Y poco a poco, todos los integrantes del grupo fueron explicando que tenían deberes, exámenes, trabajos o cualquier otra cosa relacionada con la escuela, que no les permitía salir a buscar más maderas.

Juan y sus amigos eran conscientes de que tenían un problema. San Juan era la fiesta que indicaba que se había terminado la escuela, pero por mucha ilusión que les hiciera la verbena, para llegar, todos los niños y niñas sabían que antes tenían que trabajar fuerte para aprobar el curso.

-Pues tendremos que encontrar una solución - dijo Juan - pero no nos podemos rendir.

Y no lo hicieron. Laura, que era muy apañada haciendo gráficos y esquemas, dibujó una tabla con los exámenes y deberes de cada uno. Después establecieron unas rutinas de estudio en las que unos se ayudaban a los otros y los más pequeños, que tenían poco que hacer, se encargaban de las meriendas. Incluso Laia, que no podía ni cortar un trozo de queso, encontró un trabajo importantísimo. Cada tarde se pasaba por las casas de todos y vigilaba que nadie se distrajera de su trabajo. Y pobre del que pillaba viendo la tele o jugando con una maquinita, que con su voz de pito les pegaba un buen grito y les pintaba una flor en la nariz.

La organización funcionó tan bien que aún encontraban ratos para salir a buscar maderas. Todo el mundo se admiraba de cómo aquellos chicos trabajaban duro e incluso el abuelo Sebastián les prometió un armario viejo, de aquellos grandes de pared, si aprobaban todos los exámenes.

El final de curso llegó y todos aprobaron las asignaturas. Contentos, fueron a buscar el armario del abuelo Sebastián y, cuando lo vieron, les pareció tan enorme que estaban convencidos de que con tanta madera harían una hoguera inmensa.

Y así, entre nervios y dolores de barriga, llegó la noche de San Juan y todos los amigos hicieron una gran montaña de muebles en la plaza del Centro.

-¿Eso es todo lo que habéis conseguido? – Se burló Narciso que había venido con los de la calle de Abajo para presumir. - Veo que volveremos a ganar sin problemas. Nuestra pila era el doble de grande.

Y era cierto.

Juan y sus amigos no se lo podían creer. Observaban aquella montaña de muebles y se preguntaban de dónde habían sacado el tiempo para ir a buscar tanta madera... ¿Que no habían estudiado? Tristes y cabizbajos, esperaron la noche para encender su hoguera. Pero comiendo coca, cantando canciones y saltando las brasas se les olvidaron las penas y apenas alguien se dio cuenta de que el alcalde se acercaba con el trofeo.

-Estoy aquí para entregar el primer premio de la hoguera más alta a Juan y a sus amigos - dijo.

Y sin entender ni comprender nada, todos los chicos se abalanzaron sobre el trofeo felices y contentos. Pero, ¿qué había pasado? ¿Por qué no la habían ganado los de la calle de Abajo?, todos habían visto como su montaña de madera era mucho más alta que la suya.



- Es muy sencillo - aclaró el alcalde. - En la calle de Abajo no se ha presentado nadie y no la han encendido. Se ve que todos los niños están castigados por haber suspendido el curso. Y claro, un montón de madera que no se puede encender no es una hoguera.

Juan y sus amigos no se lo podían creer. Era la primera vez que ganaban. Cogidos de las manos comenzaron a girar en torno al fuego, mientras sus mejillas se enrojecían por el calor. Lo habían conseguido. Se habían esforzado duro y no sólo habían aprobado el curso sino que ahora podían celebrarlo. Puede que Narciso y los de la calle de Abajo habían conseguido más madera que ellos, pero de pronto Juan comprendió que ganar a cualquier precio no tiene sentido. Es mejor ganar y poder disfrutar del premio. Porque... ¿de qué sirve una hoguera que no se puede encender? ¡De nada!

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital